

8



AMOR Y CINE



20
cts.

**El hombre que se suicidó
por Dorothy Dalton**

AMOR Y CINE

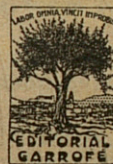
Colección semanal

Núm. 8

El hombre que se suicidó por Dorothy Dalton

POR

Miguel de Cavanillas



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN :

Unión, 19

BARCELONA

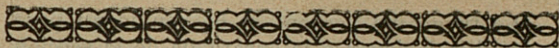
AMOR Y CINE

Editorial Garrofé

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé.—Villarreal, 12 y 14.—Barcelona



I

Morenísimas, juncas, toda gracia y donaire, atravesaba Canal Street una muchachita de modesta apariencia, a cuyo paso se detenían, contemplándola con ojos codiciosos, los no muy numerosos paseantes del sexo fuerte que a aquella temprana hora transitaban por la vía principal de Nueva Orleans.

—¡Qué encanto de mujer!...

—¡Ideal! ¡Magnífica!...

—¡La morena de todos los días... ¡Cada vez está más bonita!...

La encantadora mujercita seguía su camino, indiferente a la admiración que provocaba su persona.

Andaba deprisa, como el que lleva un objetivo determinado y teme retardarse en la hora de llegada.

Se internaba en el barrio americano, con sus grandes avenidas y anchurosas calles, desapareciendo, por fin, en el interior del gran comercio de confecciones de señora, «Martin Frères».

Aquella mañana llegó con cinco minutos de retraso.

—Le ruego me perdone si he venido un poco tarde—dijo la joven a la encargada de la sección de pruebas—. Pero mi madre no está muy bien y he tenido que dejarlo todo a punto antes de salir de casa.

—Está bien, Dorothy... Vaya al probador y comience a disponerlo todo. A las once tendremos visitas...

Dorothy Dalton, la futura estrella de la pantalla, cambió su traje de calle por el uniforme negro obligado en la casa y comenzó a trabajar en sus ocupaciones habituales.

Tenía entonces diez y ocho años. Muerto su padre un año antes, la modesta pensión que como empleado público dejara a su viuda, no bastaba a cubrir las más perentorias necesidades de ésta y de su única hija.

Dorothy Dalton leyó una mañana el anuncio que insertaba el más importante diario de la capital solicitando una modelo para la acreditada casa de modas para señora «Martin Frères».

Y, decidida, se presentó en los grandes talleres pretendiendo la plaza.

Fué admitida sin dificultad y con preferencia a sus numerosas concursantes. Su serena belleza y la admirable perfección de líneas de su cuerpo, decidieron la inmediata elección.

—Tuve un éxito loco—ha contado algunas veces Dorothy Dalton, refiriéndose a aquella época de su vida—. Hasta estuve tentada de pedir a la casa una participación en los beneficios. ¡Había que ver el número de clientes que desfilaron para ver los modelos, puestos sobre mi personita!

»Y lo curioso era—añade la artista con un guiño picaresco—que las señoras venían siempre acompañadas de sus maridos, que parecían los más interesados en admirar los trajes que exhibía ante ellos...

Algunos de estos maridos, que, sin duda, admiraban más el maniquí que los vestidos, se permitieron seguir a Dorothy a la salida de su trabajo, molestándola con un asedio pertinaz.

La simpática actriz echaba a broma los galanteos de sus adoradores, burlándose deliciosamente de sus fulminantes declaraciones, de sus ardientes protestas, de los insistentes ofrecimientos de un porvenir tentador...

Hasta que, cansados de su intento y convencidos de lo ridículo de su posición, abandonaban la plaza los flamantes conquistadores...

Dorothy Dalton no gustaba de amorfios ni noviazgos. Temperamento sañador, espíritu inquieto, ambicionaba colocarse en el más alto peldaño de la escala social, subir a la altura por sus propios méritos, destacarse de manera singular y sonada.

Ser una gran artista del teatro o de la pantalla, admirada y famosa. ¡Qué ilusión! Vivir la vida de los personajes de la farsa, hacer vibrar el alma de las multitudes e impulsos de una emoción refleja, y, por último, el aplauso, ese incienso alhagador, la embriaguez del triunfo, la caricia del dios Éxito...

Con su inseparable amiga y compañera de taller Tina Lebotier, había soñado mil veces los más bellos absurdos, trazando fantásticos pro-

yectos, exaltándose ambas en la idea de un porvenir radiante y glorioso.

Tina, una linda francesita, bulliciosa y pizpireta, era partidaria del teatro.

—¡Fíjate! Con nuestro palmito y un poco de picardía... ¡así los contratos!...

Y abría y cerraba los preciosos dedos de ambas manos, decuplicando los compromisos que ya estaba segura de firmar con las empresas.

—Pues yo creo que es preferible el cine—argüía Dorothy—. Los sueldos son mayores y, si destacas un poco, el trabajo es más seguro... ¡Con lo que se produce hoy!...

—Sí, pero al teatro se puede ir con más facilidad. Mientras que para lograr que te admitan, que te reciban siquiera en una casa productora de películas...

—Todo es decidirse. Ya sabes aquello de que a los audaces...

—¡Ah! Pues por eso no ha de quedar. Yo soy capaz de meterme hasta en la cama del director...

—¡Chiquilla!...

—Bueno, ya me entiendes. Quiero decir que nada me arredra...

—Cualquier día nos vamos a Hollywood...

—Por mí, ahora...

—¡Si no fuera por mi madre!...—suspiró Dorothy.

—¡Si tuviera algunos ahorros recogidos!...—se decepcionó la alocada Tina Lebotier.

La realidad, esa implacable madrastra, venía a segar sus ilusiones, a romper el encanto de sus quimeras.

Los días festivos solían pasarlos juntas las dos amigas.

Por la mañana, a filo del mediodía, paseaban un rato por la avenida de Saint Charles o por Prytania Street, respirando el aire perfumado de sus hermosos jardines, animados por la algarabía de voces y juegos infantiles.

Por la tarde era obligado el asistir a la primera sesión de alguno de los cines de las barriadas extremas.

Las dos, pero especialmente la futura estrella, asistían al espectáculo con verdadera devoción, con fe de iniciada...

No perdía gesto ni detalle, estudiando las actitudes de las actrices, sus movimientos, la expresión de su cara, su vestuario, su tocado...

Aprobaba su actuación unas veces, la criticaba otras, con fino espíritu observador, con nativa intuición de las modalidades del arte mudo...

A la vista de las películas a cuya filmación asistía, se renovaba en ella con fuerza cada vez más apremiante la vocación que, al convertirse en profesión, había de hacer su nombre universalmente famoso.

Al salir del cine, la cabeza caliente y los pies fríos, como el negro del sermón, iban de ordinario a dar un largo paseo por Auduban, el parque encantador con sus magníficos y añosos robles y admirables invernaderos, o por City Park.

Aquella tarde de octubre, calmosa y serena, decidieron ir a este último lugar.

Les cogía más cerca y había que aprovechar el tiempo, pues ya oscurecía muy temprano.

La mayor parte de los bancos del parque, fa-

moso por haberse realizado en él casi todos los duelos tan frecuentes antes de la guerra separatista, estaban ocupados y las dos amigas, que sentían necesidad de reposar un momento, buscaban con los ojos un banco vacío.

—¡Mira! Ahora se va aquel matrimonio—dijo Tina Lebotier al ver desocuparse uno.

Y vivamente se dirigieron a sentarse.

Pero, al mismo tiempo que ellas, se acercó apresuradamente un individuo que, sin duda, llevaba la misma intención que las dos amigas.

Al ver llegar a las mujeres se detuvo indeciso, sin saber qué partido tomar.

Los tres se miraron con aire cohibido.

Al fin, Tina estalló en una carcajada.

—¡El banco es grande! ¡Cabemos todos!

Y se sentó resueltamente, arrastrando a Dorothy Dalton.

El recién llegado se acomodó a su vez despañosamente.

Era un muchacho como de unos treinta años, de figura arrogante, vestido con sencilla elegancia, cuyo porte indicaba una elevada posición social.

Dorothy Dalton y su amiga, pasado el malestar de los primeros momentos, se pusieron a charlar, haciendo caso omiso de su vecino.

Este, por su parte, tampoco parecía prestarles atención alguna.

Permanecía en actitud distraída, como ensimismado en sus pensamientos, entreteniéndose en dibujar líneas y jeroglíficos en la tierra con la contera de su bastón.

Tina debía contar algo muy gracioso, pues las

dos jóvenes se pusieron de pronto a reír ruidosamente.

El desconocido las miró un momento, teniendo aquella mirada, al ser apercibida por ellas, la virtud de apagar el bullicio de las muchachas.

—¡Qué felices son ustedes!—murmuró tenuemente su compañero de banco.

Y añadió casi imperceptiblemente:

—Yo no me acuerdo ya de reír...

El tono de su voz y la melancolía infinita de sus ojos impresionaron profundamente a Dorothy Dalton.

Aunque, con su carácter serio, no solía nunca entablar conversación con personas desconocidas, no pudo menos de decir:

—¿Está usted enfermo?...

—Sí, señorita... del corazón... Una mujer, una mala mujer...

Se detuvo de repente.

—Pero, ¿qué le importan a usted mis penas?—terminó el joven.

—Ya olvidará usted...—dijo, por decir algo, Dorothy Dalton.

El desconocido la miró tristemente a los ojos.

—Para olvidar... para olvidar...

Se cortó nuevamente. Un escalofrío recorrió su cuerpo.

La infinita compasión que leía en la mirada de aquella encantadora mujercita, la simpatía que irradiaba de su persona, algo que no podía explicar—¿el flechazo?—hizo temblar su corazón; que comenzó a latir apresuradamente.

—¡Buenas tardes!—dijo de pronto, poniéndose en pie—. Y gracias por sus bondades... Me

llamo Carlos Picon, de la banca «Picon y Compañía»... Si en algo puedo servirles...

Y, después de una ligera inclinación de cabeza, viró en redondo y se alejó apresuradamente.

—¡Pobre chico!—exclamó Dorothy, con sincero pesar—. ¡Debe ser muy desgraciado!...

—¡Y tiene el aspecto de ser muy simpático!—opinó Tina Lebotier—. ¡Y, además, es banquero!... ¡¡Te conviene!!...

Y, con la transición de su carácter voluble y alocado, desgranó la sarta de perlas de su risa alborotada...

II

Carlos Picon no podía olvidar a la desconocida del banco de City Park.

Amargado por el desengaño de la traición de una mujer amada, el recuerdo de la linda muchacha que la casualidad puso en su camino una amable tarde de octubre, actuaba de sedante para su dolor.

—¡Quién sabe!... Esa mujer quizá me haría feliz... Su cariño resucitaría mi alma a la esperanza...

«Pero, ¿dónde está? ¿Dónde hallarla?...

En vano la había buscado por toda la ciudad y había acudido a City Park, pasando largas horas sentado en el banco de su primero y único encuentro.

En su estado de ánimo, fué sugestionándose hasta tal punto con la idea de que aquella mu-

jer era el único remedio a su mal y su sola esperanza de redención, que llegó a absorverle totalmente aquella obsesión.

Transcurrieron unos meses. Llegó Carnaval.

La celebración fastuosa de esta fiesta pagana es algo tradicional en Nueva Orleans, habiendo sido sólo interrumpida durante la guerra civil.

Las espléndidas cabalgatas, reputadas por las mejores del mundo, son organizadas por las sociedades secretas, entre las que destacan las tituladas Protens, Monnus, Comus y Rex, las cuales rivalizan en lo suntuoso de la presentación y el arte y propiedad del espectáculo.

Uno de los hermanos Martin, propietario de la casa de modas en que trabajaba Dorothy Dalton y Tina Lebotier, era aquel año presidente de la Comus, proponiéndose *dar el golpe* en los carnavales próximos.

Para la cabalgata organizada bajo su dirección, una alegoría de las famosas bacanales nerónianas, requirió el concurso de las más lindas oficiales de sus talleres, para las que confeccionó ricos y apropiados trajes de aquella época romana.

Amaneció un día espléndido, pleno de luz y de calor. La clemencia ambiente y el atractivo de la fiesta, llenó de animación las vías principales de la ciudad por las que habían de desfilar las fastuosas comitivas.

Un ¡oh! admirativo saludó la aparición de la cabalgata presentada por la sociedad secreta Comus, que realmente había hecho un alarde de magnificencia.

Dorothy y Tina, disfrazadas de bacantes, es-

taban realmente sugestivas y encantadoras. Una lluvia de piropos y de frases de más o menos dudoso gusto saludaba el paso de la espléndida carroza, abarrotada de hermosas mujeres, de incitante belleza.

Los carros, por efecto de la aglomeración, se veían detenidos a cada momento.

En una de las paradas, quedó el coche ocupado por las dos amigas ante los balcones de uno de los más elegantes casinos de la ciudad.

Sus socios, arrellanados en sendos sillones, contemplaban con aire displicente el paso de la cabalgata.

De pronto, uno de los cómodos espectadores se puso en pie y comenzó a gesticular desatentadamente, procurando atraer la atención de las ocupantes de la carroza.

Las mujeres le miraban con aire extrañado.

Cuando Tina y Dorothy se fijaron en él, las señaló con repetida insistencia.

—¿Es a nosotras?—preguntó a voces Tina Lebotier.

—Sí... sí... ¿No se acuerdan de mí?... Nos conocimos en City Park, en el banco...

—¡Ah!...—murmuró Tina al oído de Dorothy—. Es aquel chico tan triste que encontramos una tarde, ¿te acuerdas?...

Dorothy no se acordaba de nada.

Encarnada como una amapola, al verse objeto de la pública atención, deseaba ansiosamente que el coche reanudara la marcha.

Como si un poder oculto hubiese escuchado y atendido su íntimo deseo, la carroza se puso en movimiento.



La exquisita Dorothy Dalton, posando para una película de la casa Paramount

—¿Irás ustedes esta noche a la Opera?... Las espero...—gritó el extravagante del balcón.

Tina esbozó un gesto evasivo, mientras Dorothy daba un fuerte suspiro.

—¡Ay, chica! — exclamó la última—. ¡Qué mal rato he pasado!...

—¡Qué tonta eres, Dorothy!... Todo te apura y te desazona... ¿No has caído en quién es?... Sí, mujer. Aquel muchacho tan fúnebre que estuvo sentado con nosotras en City Park y que nos dijo que era banquero...

—¡Ah, sí!...—recordó de pronto la Dalton—. Recuerdo que me impresionó mucho la tristeza que se leía en su semblante.

—¿Iremos a la Opera?...

—No sé... Es un atrevimiento...

—¡Pero, qué pelma eres, hija!... Para eso estamos en Carnaval... Nos divertimos esta noche y, después, si te he visto no me acuerdo...

—Bueno, iremos—accedió Dorothy—. Pasa a buscarme después de cenar.

El teatro de la Opera Francesa, una de las instituciones artísticas de Nueva Orleans, que desde la época de su inauguración, en el primer tercio del siglo XIX, viene gozando de una vida exhuberante, estaba aquella noche radiante de luz y de mujeres.

Su amplio patio de butacas, convertido en hermoso salón de fiestas, era un verdadero hervidero humano.

Carlos Picon, nervioso y exaltado desde que vió, después de tanto tiempo, a la bella desconocida de City Park, buscaba afanosamente a las dos amigas entre la abigarrada multitud.

—¿A qué no las encuentro?—iba murmurando el cuitado.

De pronto, oyó tras de sí una voz argentina.

—¡Que se va usted a desojar!...

—¡Ah!—exclamó con extraño sobresalto Carlos Picon, volviéndose rápidamente.

Y estrechó con efusión la mano de las amigas, como si se tratara de antiguas e íntimas conocidas.

Comenzaron a pasear juntos por la amplia sala, charlando de cosas indiferentes.

Dorothy estaba muy cohibida al sentirse objeto de las insistentes miradas de Carlos Picon.

La orquesta atacó las notas de un vals.

—¿Bailamos?—invitó el muchacho a Dorothy Dalton.

—Sí—aceptó por ella Tina—. Yo ya tengo pareja: ahí está Raimundo.

Y se colgó del brazo del nombrado, compañero de ambas en la casa «Martin Fréres».

Dorothy se dejó abrazar por Carlos.

—¡Por fin! — murmuró éste imperceptiblemente.

La futura estrella, cada vez más azorada, preguntó, buscando tema de conversación.

—¿Sigue usted tan triste como entonces?...

—No, señorita... En estos momentos me siento feliz, por haberla encontrado de nuevo...

Dorothy se sobresaltó. ¿Qué significaban aquellas palabras?

—Sí—continuó el muchacho con decisión—. No sé porqué, ni cómo pudo ser... ¿Cree usted en las corazonadas?

—¿Yo?... No sé...—respondió angustiada la encantadora mujer.

—Pues yo sí... Desde aquel día, la amargura del desamor sufrido, el abatimiento de la enorme desilusión, fueron cediendo en mi alma a un nuevo sentimiento provocado por el recuerdo amable de usted... Lo que al principio fué una vaga sensación, se convirtió en certidumbre absoluta: usted era la única mujer que podía hacerme feliz... La he buscado con ardimiento... y cuando la desesperanza volvía a exaltar mi misantropía, el azar la pone de nuevo en mi camino... Y, no dudo. Exponiéndome a parecerle un anormal, un desequilibrado, me apresuro a preguntarla: ¿Está libre su corazón?... ¿Cree usted que un día podría amarme?...

Aquel chaparrón de palabras, pronunciadas con extraño apresuramiento, acabaron de desconcertar de momento a la bella mascarita.

Pero ante la declaración categórica y el inusitado apremio, volvió al espíritu de Dorothy Dalton el necesario aplomo.

—Mire usted... señor...

—Carlos Picon...

—Pues, mire usted, Carlos... Todo cuanto acaba de decirme, me coge tan desprevenida, tan de sorpresa, que no sé qué decirle ni cómo decirselo. Es demasiado grave y demasiado serio y yo creo que está usted alucinado, que sufre algo así como un espejismo... ¡Pobre de mí!... Ni merezco la atención de que quiere hacerme objeto, ni podría corresponder a ella...

—¿Cómo?... ¿Por qué?...

La música dejó de sonar. Había terminado el

vals. Carlos Picon, sin apercibirse de nada, seguía abrazado a Dorothy, aguardando anhelante su respuesta.

La futura estrella, con rápido movimiento, se desasíó de los brazos del singular muchacho.

La llegada de Tina Lebotier dejó en el aire la esperada contestación.

Carlos estaba desconsolado. ¿Qué hacer? ¿Cómo abordar de nuevo a la atractiva mujer?

Mientras Dorothy hablaba unos momentos con Raimundo, interesó de su amiga todos los datos que necesitaba poseer.

Tina, ingenua o creyendo prestar un buen servicio a su compañera de taller y de ilusiones, dió los más precisos detalles y noticias.

Un cuarto de hora después, y pretextando un extremo cansancio, propuso Dorothy abandonar el baile.

Al despedirse, retuvo Carlos Picon la mano que le tendía y le dijo rápidamente:

—Necesito su contestación... Iré a buscarla...

III

Y, en efecto, al día siguiente, a la salida de los talleres, atisbó al final de la calle a aquel hombre que de modo tan extemporáneo la había declarado su pasión.

Estuvo tentada de darle esquinazo, pero pensó que era mejor despejar la situación, afrontándola, y desengañar de su quimera a aquel pobre loco...

Y le habló claramente, sin eufemismos ni re-

servas, descubriendo el fondo de su carácter y su modo de ver la vida.

Ella no pensaba, por ahora, en casarse. Eran otras sus aspiraciones, y sus ensueños. Quería ascender por sus propios méritos y esfuerzos. Sentía ansias de libertad. Miraba con horror una ligadura que cercenara las alas de su albedrío.

—Y, además—terminó—, yo no podría escuchar siquiera sus pretensiones... Su posición social... ¡un banquero!... mientras que yo...

—¿Y qué? ¿Qué importa eso?... Soy mayor de edad y dispongo de mis actos... Si mi padre se opusiera...

—No siga usted—interrumpió Dorothy—. Yo no toleraría nunca el entrar por la puerta chica... ¡Ya me entiende!... Con que abandone sus proyectos respecto a mí; es lo mejor... Ya encontrará mil mujeres que...

—¡No! ¡No!... Usted, usted es la sola, la única...

—Por Dios, Carlos. Repórtese usted. Está obcecado y no quiere razonar... Sus sufrimientos le han hecho enfermar y delira despierto...

Carlos Picon agachó la cabeza en actitud de derrota. Se le veía decaído, aniquilado, incapaz de sobreponerse a su desfallecimiento interior.

Dorothy sintió por él una gran conmiseración.

—Yo lo único que puedo hacer es ayudarle a olvidar... Si quiere, haré de enfermera de su corazón...

El muchacho pareció animarse al escuchar aquello.

—¿Consiente en ser mi amiga, en tratarme como a un hermano desgraciado?

—¿Por qué no?

—¡Es usted muy buena!...

La esperanza, ese divino sentimiento, eje principal de todas las acciones humanas, volvió a anidar en el amargado espíritu de Carlos Picon.

Pasaron unas semanas, en el curso de las cuales se vieron algunas veces *enfermo* y *enfermera*, a los que acompañaba frecuentemente Tina Lebotier.

Un día dejó de comparecer Dorothy a la hora de entrada de su trabajo.

Como no se presentara en todo el día en los talleres ni mandara ningún aviso, fué por la noche a visitarla su íntima amiga Tina.

La madre de Dorothy estaba gravísima... Unos días después dejaba de existir...

La intensidad de su propio dolor, la hizo olvidar los que atormentaban el desgraciado espíritu de Carlos Picon, de cuyo trato huyó, evitando la insistente persecución del muchacho.

Además, comenzaban a causarle sus jeremíadas y el eterno tono plaúidero del que tenía por un desequilibrado.

Por su parte, el rico banquero estaba inconsolable. El trato continuado de la gentil Dorothy había exaltado su extraño amor y ya sólo vivía para la esperanza de vencer un día las resistencias de la adorada.

Transcurrieron unos meses, durante los cuales sólo pudo hablar contadas veces, y aun éstas brevísimos momentos y siempre en presencia de Tina, con la bellísima modelo de «Martin Frères».

Y, de pronto, nada volvió a saber de una ni de otra.

Extrañado de no verlas durante varios días seguidos a la salida del trabajo, se decidió a abordar a una de las lindas dependientas de la famosa casa de modas.

—¿Dorothy y Tina?... ¡Volaron!...

—¿Qué dice usted?

—Que se fueron hace cuatro días.

—¿Cómo ha sido eso? ¿Dónde han ido?...

—interrogó Carlos, poniéndose intensamente pálido.

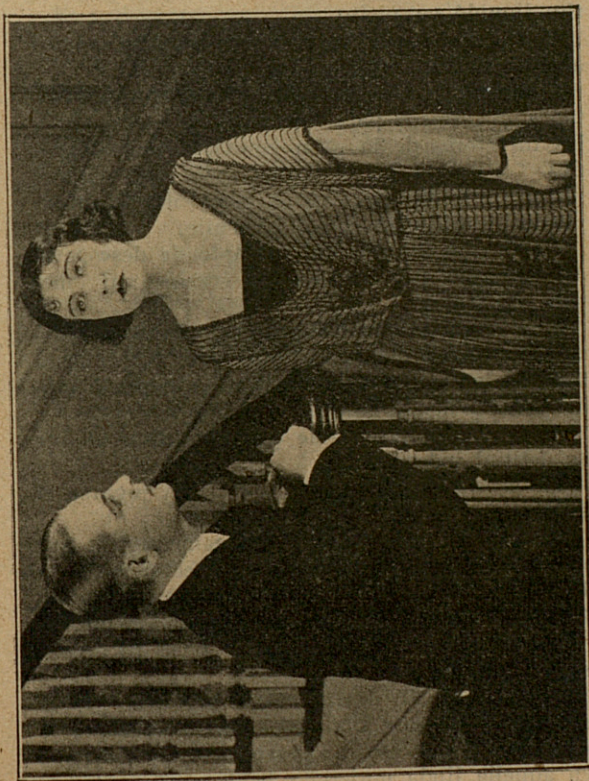
—Pues no sabemos. El martes no se presentaron en la casa. En la de Tina nada saben de ella; están inconsolables. Y el pisito de Dorothy estaba vacío...

El enamorado se tambaleó como si estuviera ebrio. Y, sin decir palabra, se alejó con paso inseguro.

Las dos amigas, efectivamente, habían abandonado Nueva Orleans.

Aquietada la intensidad inicial del dolor que la muerte de su madre la produjera, y libre, desgraciadamente, del obstáculo que la presencia de ésta oponía a sus planes y a sus anhelos, se afirmó con más precisión que nunca en el ánimo de Dorothy Dalton su idea de consagrarse al arte mudo.

Tina Lebotier fomentaba sus decididas aficiones y la resolución definitiva vino cuando un día su atolondrada amiga anunció a Dorothy que se había proporcionado una carta de presentación para uno de los actores que trabajaba en la Firts National.



Dorothy Dalton en la película «El espejo oscuro»
(Foto cedida por la casa Paramount)

Con gran sigilo, hicieron los preparativos de marcha. Tina reunió todos sus ahorros y Dorothy liquidó su pisito.

Y una mañana de mayo se encontraron las dos amigas en Hollywood.

Comenzó la peregrinación. Todo eran dificultades y retrasos para lograr su presentación a los directores de la gran empresa cinematográfica.

Dorothy veía con horror cómo iba disminuyendo su no muy holgado peculio.

Hasta que un día, en un rapto de desesperación, decidió solventar de una vez la comprometida situación.

Logró penetrar en los grandes talleres productores y, yendo de un sitio a otro, llegó hasta una de las galerías donde estaba impresionándose una película, bajo la dirección de Léigan.

—¿A quién busca?—le preguntó éste al ver su actitud indecisa.

La futura estrella pensó que debía jugarse el todo por el todo...

—¡A usted!—le contestó serenamente.

—¿No es usted uno de los directores de la Firts?

Léigan sacudió la cabeza afirmativamente.

—Pues yo vengo a trabajar y usted va a conseguir que se me admita.

Aquella gentil desenvoltura cayó en gracia al famoso director. Contempló un momento a la aspirante y, con su fina perspicacia, adivinó que en aquella linda mujercita había *madera* de artista.

—Venga usted a verme mañana a las diez.

Dorothy salió de los talleres con el corazón alborozado... ¡Por fin!...

Se verificaron las pruebas de ritual con excepcional éxito para la sometida a ellas.

En pocos meses llegó Dorothy Dalton a donde otras sólo consiguen llegar, si es que llegan, tras un penoso calvario.

Sus triunfos ante el objetivo hicieron culminar prontamente su fama y una serie de ventajosos contratos le aseguraron un trabajo ininterrumpido.

Un año después, ya en el apogeo de su éxito, contraía matrimonio Dorothy Dalton con un rico minero californiano.

A este matrimonio, sólo puso una condición la genial actriz: la de poder seguir dedicándose al arte que la había glorificado...

IV

Carlos Picon pasó unos días muy amargos de sufrimiento y desesperación.

La misteriosa desaparición de Dorothy y de su amiga fueron para el misántropo un golpe terrible, que repercutió de un modo sensible en su estado anímico.

Cayó en una peligrosa postración y su padre llegó a alarmarse por la salud del muchacho.

Este se resistió a confesar, al ser interrogado, las causas verdaderas productoras de su decaimiento moral.

Para procurar su distracción y disipar la aguda neurastenia que, cada día más, se iba apoderan-

do del desgraciado, su médico le aconsejó que viajara.

Carlos atendió el consejo y durante tres meses anduvo recorriendo pueblos y ciudades.

A su regreso, pareció, si no curado, muy aliviado al menos de su mal.

El muchacho, durante sus largos y continuados soliloquios, tema eterno de los cuales era la bella desaparecida, fué haciéndose a la idea de la eterna separación, al pensamiento de la muerte de sus ardientes ilusiones.

Y levantó en su corazón un altar al recuerdo de la dulce mujer de ojos abismáticos, en cuyo fondo había creído ver albores de felicidad, prometedores de inacabables venturas.

Reanudó sus hábitos de trabajo y hasta volvió a presentarse en círculos y reuniones, de los que había estado apartado durante los últimos meses.

Un día lo llamó su padre a su despacho. Y, con muchos preámbulos y rodeos, le habló de la conveniencia de su matrimonio con la hija del opulento banquero Ricardo Straus.

—Con la unión de las dos familias, formaríamos el consorcio bancario más poderoso de Nueva Orleans.

Carlos aceptó sin discutir siquiera... ¿Qué le importaba a él casarse con la mujer que le señalaba su padre o con otra cualquiera?... Si los intereses del negocio lo requerían, estaba presto a dar su nombre a la hija del rico financiero alemán.

La boda se celebró con inusitado esplendor,

cual convenía a la posición social de los interesados.

Carlos Picon fué al acto con una suprema indiferencia. Se diría que, más que actor, era un sencillo espectador de la pomposa ceremonia.

De su mente le era imposible apartar el recuerdo de la amada ausente...

Consumido por el tedio, agudizada su neurastenia en el hogar matrimonial, que soñó había de ocupar la única mujer que logró despertar en su alma el verdadero amor, procuraba una tarde Carlos Picon distraer su aburrimiento hojeando la Prensa diaria, que rarísima vez se entretenía en leer.

De pronto, un agudo estremecimiento recorrió su cuerpo. Se le nubló la vista y el diario estuvo a punto de caérsele de las manos.

¿Había leído bien? ¿No era una alucinación de su cerebro enfermo?...

Procuró serenarse y recorrió de nuevo la página del rotativo.

En la sección cinematográfica había impreso con visibles titulares:

«La exquisita estrella de la pantalla Dorothy Dalton, decide descansar una temporada.»

Y el diario contaba que, terminada la filmación de varias películas de aventuras, Dorothy Dalton había marchado a San Francisco de California, donde se proponía pasar unas semanas antes de reanudar sus trabajos ante el objetivo.

La estupefacción de Carlos Picon no tenía límites.

Después del tiempo transcurrido, de haberla llorado como se llora a una muerta, de haberse llegado a conformar con vivir para el recuerdo de su perdido amor, las líneas de aquel periódico le enteraban de que su amada vivía, señalándole el punto de su actual residencia.

—¡Dorothy! ¡Dorothy!—murmuró, cerrando los ojos, preso de dulcísimo éxtasis.

Al despertar de éste, un mundo de ideas se atropellaron en su mente.

Y su dormida pasión se dejó sentir con fuerza arrolladora.

¡Verla, verla de nuevo, decirla su pasión, su amor redivivo, hacerla el rendido ofrecimiento de su vida entera!...

Huiría con ella, se divorciaría, no respetaría barreras ni obstáculos...

Al día siguiente, a la hora de la comida, habló de realizar un viaje a San Francisco de California.

—Me siento algo cansado y voy a tomarme unos días de vacaciones...

—¡Yo te acompaño! ¡Tengo muchos deseos de conocer San Francisco!...

Picon no encontró pretexto para negarse a complacer los deseos de su mujer.

Unos días más tarde desembarcaban en la gran ciudad.

Apenas instalados en el hotel, el exaltado muchacho empezó sus investigaciones.

Se dirigió al colosal edificio de Teléfonos, con sus veintiséis pisos, uno de los hermosos del mundo, en cuya construcción se emplearon cua-

tro millones de dólares, y pidió una cabina interurbana.

Más de una hora después, salía Carlos Picon sudoroso y descompuesto.

Dorothy no estaba en ninguno de los hoteles de la ciudad.

¿Cómo encontrarla? Por la tarde fué a dar unas vueltas por la población, sentándose a última hora en la terraza de uno de los cafés de la calle del Mercado, principal arteria de San Francisco de California.

De pronto, oyó decir a su lado:

—Mira, la Dalton... Cada día está más guapa.

Y el que hablaba, señalaba un auto que atravesaba raudo la hermosa avenida.

Carlos Picon se levantó de su asiento con movimiento rápido.

—Perdone usted, señor — saludó con visible turbación—. ¿Ha dicho usted la Dalton?

—Sí, Dorothy Dalton, la célebre estrella cinematográfica...

—Y, ¿sabe usted dónde se aloja?... Dispense que le importune, pero conozco a la actriz y tendría mucho gusto en saludarla.

—No sé... Posee una quinta en uno de los pueblecitos de los alrededores, pero no sé a punto fijo dónde. Aunque se la ve frecuentemente en la capital...

—Gracias.

Regló su consumación y regresó al hotel.

—Mañana vamos a recorrer las villas que rodean la ciudad. Me han dicho que son lindísimas, con hermosas casas de campo y fincas de recreo.

—¿Pero si no hemos visto aún nada de San Francisco?—arguyó su mujer.

—Ya habrá tiempo para todo. El movimiento de la ciudad me marea y aumenta mi depresión moral. Creo que el campo y el aire libre me harán mucho bien.

Tomaron al día siguiente el gran ferry-boat, que va a las bellas poblaciones de las cercanías de San Francisco de California.

Se detuvieron dos días en Oakland y otros dos en Alameda.

En ninguno de estos pueblos conocían a Dorothy Dalton.

Carlos Picon estaba desesperado y su humor empeoraba por momentos.

—¡Verla, quiero verla!—exclamaba con extraña exaltación.

Luego, desembarcaron en Sansalito.

—¿La señorita Dalton?... Mire usted; es allá en aquella hermosa quinta. No hay pérdida. A la puerta leerá usted: «Villa Dalton».

La intensidad de la emoción sufrida, quebrantó profundamente al joven banquero.

El corazón le latía con tal violencia que le fué imposible moverse durante un buen rato.

Luego se dirigió al hotel donde se alojaban. Necesitaba pensar, meditar lo que debía hacer.

Pasó la noche febril y desasosegado.

Se levantó con el alba y anunció a su mujer que iba a dar un largo paseo para ver de calmar la excitación nerviosa que le dominaba.

Con el corazón lleno de temores y esperanzas, se dirigió hacia la quinta que habitaba Dorothy. A unos metros de la suntuosa villa se detuvo

para contemplarla atentamente. Miró hacia las ventanas del coquetón edificio que se levantaba entre añosos árboles que parecían cobijarlo con su espeso ramaje, y soñó que detrás de una de aquellas ventanas dormía dulcemente, entre blanquísimas holandas, la mujer tan ardientemente adorada.

—¡Dorothy!... ¡Dorothy!...—suspiró el infeliz.

Se acercó a la verja del anchuroso parque y atisbó su interior.

Al ver aparecer a un hombre, jardinero o guarda de la finca, se alejó, ocultándose tras un corpulento árbol.

Allí estuvo inmóvil, mirando extáticamente hacia la casa, sin noción del tiempo que transcurría, con la obsesión de ver aparecer a la amada.

Y Dorothy apareció al fin.

La bata blanca con que envolvía su cuerpo escultural, hacía resaltar el mate de su bello rostro y la negrura azulina de sus cabellos.

La artista gustaba de pasear un rato por los jardines antes de la hora del almuerzo.

Al verla acercarse a una de las verjas de la finca, no pudo reprimir Carlos Picon su deseo de presentarse, de hablar a la adorada mujer.

Fué una escena rápida e impresionante.

La gentil artista, después de un movimiento de retroceso provocado por la sorpresa, se acercó a los hierros de la cancela y dirigió al muchacho una muda interrogación.

—¡Vengo por ti!... ¡Te quiero más que nunca!... ¡Todo lo que tengo lo pongo a tus pies!...

Ahora que ya eres rica y famosa, ¿te negarás a ser mía?...

Dorothy sintió miedo al contemplar a Carlos Picon, su cara pletórica de sangre, sus venas hinchadas, que parecía iban a estallar.

—¡Pero usted está loco, Carlos!... Ahora menos que nunca puedo corresponder a sus pretensiones... ¡Soy casada!... Pero, ¿de qué mundo sale usted, hijo?...

—¿Yo?... ¿Yo?...

La lengua pegada al paladar, un temblor nervioso convulsionando todo su cuerpo, la mirada turbia y desencajada, el alocado muchacho no pudo articular una palabra más.

La artista lo miraba tristemente, sintiendo un extraño desasosiego en presencia de aquel hombre que la dedicaba tan singular pasión.

—Sosiéguese... y olvídeme... Toda relación entre nosotros es imposible.

—¿Es su última palabra?—gritó Carlos Picon, haciendo un violento esfuerzo.

—¡La última!...

V

Aquella misma tarde, un extraño suceso llenó de consternación la hermosa villa de Sansalito.

Un extranjero, de paso en el pueblo, había aparecido muerto en la habitación que ocupaba en el hotel.

En uno de sus bolsillos se le encontró una carta que decía:

«Me mato por ti. Sin tu amor, la vida es para mí una carga odiosa. Te adoraré más allá de la muerte.»

Nadie supo a quien iba dirigida la macabra misiva.

Sólo Dorothy Dalton, que ha contado su secreto muchos años después, era poseedora de la verdad.

Y, con póstuma compasión y un indefinible sentimiento de atracción hacia aquel hombre que la amó con obsesión tan extraña, iba frecuentemente la genial actriz a depositar sobre la tumba del suicida la ofrenda de unas siempre-vivas...

FIN

En el próximo número publicaremos:

**Harold Lloyd no cree ya
en las mujeres**

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

NUMEROS PUBLICADOS

- 1 — El más extraño amor de Rodolfo Valentino.
- 2 — Los dos grandes amores de Fola Negri.
- 3 — El último divorcio de Charlot. —
(Revelaciones sensacionales).
- 4 — El dulce encanto del amor de Colleen Moore.
- 5 — ¿Se casa John Gilbert con una española?
- 6 — De cómo el amor lanzó a la pantalla a Bebe Daniels.
7. — Reginald Denny tiene cinco novias a la vez.

Las Grandes Novelas de Amor

Después del éxito clamoroso obtenido con
¡ABANDONADA... EN SU NOCHE DE
BODAS!, esta admirable colección publica

¡MUJER... eterna víctima!

POR

MAXIME LA TOUR

*La historia de amor más sugestiva que jamás vivió
mujer alguna*

Aparece un cuaderno cada semana del mismo for-
mato, presentación y lectura que ¡Abandonada... en
su noche de bodas!, vendiéndose al precio de
VEINTE cts.

PARA PEDIDOS A

EDITORIAL GARROFE

Apartado de Correos núm. 356

BARCELONA

Representante exclusivo en América

SEBASTIAN DESPONS - BUENOS AIRES

Imp. Garrofé.—Villarroel, 12 y 14.—Barcelona